

LA RESURRECCIÓN DEL CUERPO

En cuanto a que los muertos resucitan, también Moisés lo dio a entender junto a la zarza, cuando llama al Señor el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob. Pues no es un Dios de muertos, sino de vivos, pues todos viven en Él (Lc 20, 37-38)

Estas palabras de nuestro Salvador nos muestran cuánto más hay en la Escritura de lo que aparece a primera vista. Dios habló a Moisés en la zarza ardiente y se llamó a Sí mismo “Dios de Abraham”, y Cristo nos dice que en este simple anuncio estaba contenida la promesa de que Abraham resucitaría de entre los muertos. En verdad, si cabe decirlo con reverencia, el Dios sabio y omnisciente no puede hablar sin querer decir muchas cosas a la vez. Él ve el fin desde el principio y entiende las innumerables conexiones y relaciones de todas las cosas entre sí. Cada palabra suya está llena de enseñanza y contiene muchos sentidos, y no tenemos derecho de intentar imaginarlos a la ligera. Sin embargo, en la medida que nos son enseñados y podemos deducirlos razonablemente, debemos aceptarlos con agradecimiento. Fijaos en las palabras de Cristo y su mismo carácter os impresionará. Todo lo que Él dice es rico en significado y se refiere a muchas cosas. Es bueno tener esto en mente cuando leemos la Escritura, ya que puede evitar nuestra presunción, el estudio arrogante y crítico de la misma, y el *abandono* de su lectura, como si ya hubiésemos obtenido todo lo que en ella se puede aprender.

Consideremos ahora en qué sentido el texto contiene una promesa de resurrección, y veamos qué enseñanza podemos sacar al conocerla.

Cuando Dios se llamó a Sí mismo el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, quiso decir que aquellos santos patriarcas estaban vivos aún, aunque no se los había visto más sobre la tierra. Esto puede parecer evidente a primera vista, pero se podría preguntar cómo prueba el texto que sus *cuerpos* viven, pues si sus *almas* vivían aún, eso sería suficiente para justificar haberlos llamado siervos de Dios en el libro del Éxodo. Este es el punto a considerar. Nuestro Señor parece decirnos que en cierto sentido u otro el *cuerpo* de Abraham podría considerarse aún vivo como garantía de su resurrección, aunque estuviera muerto en el sentido común en que usamos la palabra. Su anuncio es. Abraham *resucitará* de entre los muertos porque, en verdad, él *está* vivo aún. No podrá en fin quedar retenido bajo el poder de la tumba más de lo que un hombre dormido puede estar impedido de caminar. Abraham está aún vivo en el polvo, aunque no resucitado de allí. Está vivo porque todos los santos de Dios viven para Él aunque parecen perecer.

Puede ser una paradoja decir que nuestros cuerpos aunque estén muertos aún están vivos, pero desde que Nuestro Señor parece aprobar que lo digamos, lo diré aunque sea un dicho extraño porque tiene un significado instructivo. Tenemos tendencia a hablar acerca de nuestros cuerpos como si conociéramos realmente cómo son o qué son, cuando solamente sabemos lo que nuestros ojos nos dicen. Parecen crecer, llegar a la madurez y decaer, pero después de todo no conocemos de ellos más que lo que encuentran nuestros sentidos, y, sin duda, hay mucho más en nuestra figura material que Dios ve y no nosotros no podemos ver. No poseemos conocimiento directo de lo que puede llamarse la existencia sustancial del cuerpo, sino sólo de sus accidentes. También tenemos tendencia a hablar de *alma* y *cuerpo* como si pudiéramos distinguir entre ellos y conociéramos mucho sobre ellos, pero usamos

mayormente palabras sin significado. Es ciertamente útil hacer la distinción, y la Escritura la hace, pero después de todo el Evangelio habla de nuestra naturaleza *como una*, en un sentido religioso. Alma y cuerpo constituyen un hombre, que nace una vez, y nunca muere. Los filósofos antiguos pensaron que el alma ciertamente debía vivir para siempre pero que el cuerpo perecía en la muerte. Cristo nos habla de otro modo diciéndonos que el cuerpo vivirá para siempre. En el texto parece indicar que nunca muere realmente, que perdemos de vista ciertamente lo que *nosotros* estamos acostumbrados a ver, pero que Dios ve aún los elementos del mismo que no están expuestos a nuestros sentidos.

Dios se llama bondadosamente a Sí mismo *el Dios de Abraham*. No dice el Dios del alma de Abraham sino simplemente de *Abraham*. Bendijo a Abraham y le dio vida eterna, no sólo a su alma sin cuerpo sino a Abraham como un hombre. Y así El es *nuestro* Dios y no nos es dado distinguir entre lo que hace por nuestras diferentes naturalezas, espiritual y material. Estas son meras palabras. Cada uno de nosotros puede sentir que es uno, y que ese único ser nunca morirá en todas sus partes sustanciales y atributos.

Veréis esto más claramente al considerar lo que dice nuestro Salvador acerca del bendito sacramento de Su Cena. Dice que nos dará a comer Su carne (Jn 6,51). Cómo puede ser esto no lo sabemos. Nos la da bajo los símbolos externos del pan y del vino. Pero ¿en qué sentido real es el pan consagrado Su cuerpo? No se nos dice y no debemos investigar. Decimos ciertamente que lo es *de manera espiritual, sacramental, celestial*, pero esto es en orden a grabarlo en nuestras mentes religiosas, y no para tener nociones carnales. Todo lo que nos corresponde saber es *el efecto* en nosotros al participar de este bendito alimento. Observemos lo que nos dice acerca de eso: “Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis Su sangre no tendréis vida en vosotros. El que coma Mi carne y beba Mi sangre tiene vida eterna, y Yo lo resucitaré en el último día” (Jn 6,53-54). No hay ninguna distinción aquí entre alma y cuerpo. La bendita Cena es alimento para nosotros enteramente, *todo lo que* somos, alma, cuerpo, y todo. Es la semilla de la vida eterna dentro nuestro, el alimento de la inmortalidad, que “preserva nuestro cuerpo y alma para la vida eterna” *. El fruto prohibido llevó a Adán a la muerte, pero este es el fruto que nos hace vivir para siempre. El pan nos sustenta en esta vida *temporal*; el pan consagrado es el medio de vigor *eterno* para el alma y el cuerpo. ¿Quién puede vivir esta vida visible sin alimento terrenal? Del mismo modo usual la Cena del Señor es el “*medio*” de nuestra vida para siempre. No tenemos razón alguna para pensar que viviremos para siempre, a menos que comamos este alimento, como no la tenemos para pensar que nuestra vida temporal se sustentará sin comer y beber. Dios *puede*, ciertamente, sostenernos “no sólo de pan”, pero este es Su medio *ordinario* que Su voluntad ha dispuesto así. Puede sostener nuestra inmortalidad sin los sacramentos cristianos, como lo hizo con Abraham y los otros santos de la antigüedad, pero bajo el Evangelio estos son Sus *medios*, que ha señalado según Su voluntad. Comemos el pan sagrado y nuestros cuerpos se hacen sagrados, no son nuestros, son de Cristo, están imbuidos con esa carne que no vio la corrupción, están inhabitados por Su Espíritu, llegan a ser inmortales, mueren pero en apariencia, y por un tiempo, se levantan de pronto cuando su sueño acaba, y reinan con El para siempre.

La conclusión que podemos sacar de esta doctrina es simple. Como he dicho, entre los sabios paganos era usual hablar con desprecio y desdeñosamente del cuerpo mortal. No tenían otra idea. Pensaban que era apenas una parte de sí mismos y soñaban que estarían en mejor condición sin él. Más aún, lo consideraban la causa de su pecado, como si el alma del hombre fuese pura y el cuerpo material grosero, y manchara el alma. A *nosotros* se nos ha enseñado la verdad, es decir, que el pecado es una enfermedad de *nuestra mente*, de nosotros mismos, y

que el todo nuestro, no sólo el cuerpo sino alma y cuerpo, está naturalmente corrupto, y que Cristo ha redimido y purificado todo lo que somos, alma y cuerpo pecadores. La principal esperanza en la muerte, que tenían aquellos sabios, era la noción de que se verían libres de sus cuerpos. Sintiendo que eran pecadores, y no sabiendo cómo, ponían el cargo sobre el cuerpo, y sabiendo que estaban aquí en una mala situación, pensaban que la muerte podría ser, acaso, un cambio beneficioso. No es que descansaran en la esperanza de retornar a un Dios y Padre, sino que pensaban ser desencadenados de la tierra y hechos capaces de hacer lo que querían. Era congruente con este desprecio de su tabernáculo terrestre el que quemaran los cuerpos muertos de sus amigos, no como lo hacemos nosotros sino consumiéndolos como un mero estuche sin valor de lo que ha sido amado, y era entonces un gravamen destinado a la tierra.

Es muy diferente la disposición que nos enseña la luz gloriosa del Evangelio. Nuestros cuerpos resucitarán y vivirán para siempre, y no deben ser tratados con irreverencia. *Cómo* resucitarán, no lo sabemos, pero ciertamente el cuerpo del que ha partido el alma, volverá a la vida, si es verdad la palabra de la Escritura. Hay algunas verdades que se dirigen sólo a nuestra fe, no a nuestra razón, porque sabemos tan poco acerca del “poder de Dios” (según las palabras del Salvador) que no tenemos nada que razonar *sobre ellas*. Una es, por ejemplo, ¡la presencia de Cristo en el sacramento! *Sabemos* que comemos Su Cuerpo y Sangre, pero es sabio no preguntar cómo y de dónde, no dar vuelo a nuestros pensamientos, sino tomar y comer y beneficiarnos simplemente. Este es el secreto para ganar la bendición prometida. Y así, como con la resurrección de los muertos, no tenemos ningún medio ni fundamento para argumentar. No podemos determinar en qué sentido exacto nuestros cuerpos en la resurrección serán lo mismo que son ahora, pero no puede dañarnos tomar la afirmación de Dios simplemente y actuar de acuerdo a ella.

Y es creyendo esta verdad consoladora como la Iglesia cristiana puso a un lado aquella vieja irreverencia de la pira funeraria, y consagró la tierra para recibir a los santos que duermen. Depositamos nuestros amigos que han partido con calma y respeto, en la fe, no dejando de amar o recordar aquello que una vez vivió entre nosotros, sino señalando el lugar donde yace, creyendo que Dios le ha puesto Su sello y Sus ángeles lo guardan. Ciertamente, Sus ángeles custodian los cuerpos de Sus siervos. Miguel, el arcángel, piensa que no es una tarea indigna preservarlos de los poderes del mal (Judas 9). Especialmente aquellos, como Moisés, que caen “en el desierto del pueblo”, cuyo deber los ha llamado al peligro y el sufrimiento, y que mueren de muerte violenta, estos también, si han comido de ese pan incorruptible, son preservados seguros hasta el último día. Están los que no tienen el consuelo de un entierro en paz, porque mueren en la batalla o en el mar, o en tierras extrañas, o, como los primeros creyentes, en manos de los perseguidores. Horribles torturas, o las bocas de las bestias salvajes, han deshonrado los cuerpos sagrados de aquellos que se han alimentado de Cristo. Y aún las enfermedades los corrompen. Esta es la obra de Satanás, los esfuerzos agonizantes de su furia, después que fue derribado por Cristo.

No obstante, tanto como podemos, *nosotros* reparamos estos insultos del Enemigo, y guardamos honorable y piadosamente esos tabernáculos en los que Cristo ha habitado. Y en este sentido, ¡qué lugar venerable y tremendo es una iglesia, dentro y alrededor, donde los muertos son sepultados! En verdad es sagrado, principalmente, por ser el sitio donde Dios se ha manifestado a sus siervos por siglos, pero agregad a esto la idea de que es el verdadero lugar de descanso de aquellos mismos siervos a través del tiempo que viven aún delante Suyo. El polvo que nos rodea se animará un día. Nosotros mismos podremos haber estado muertos largo tiempo y no verlo. Podremos estar sepultados en cualquier lugar, y si fuera nuestra bienaventuranza sublime resucitar a la vida eterna, lo haremos en otros lugares lejanos del

este o del oeste. Pero como la palabra de Dios es cierta, lo que está sembrado está resucitado. La tierra, las cenizas, el polvo, llegarán a ser gloria, vida para el Dios vivo, y una verdadera imagen incorruptible del espíritu llegado a la perfección. Aquí duermen los santos y aquí resucitarán. ¡Un país cristiano será una visión grandiosa si la tierra permanece siendo lo que es, cuando salgan de los santos lugares los fieles que por generaciones han estado vigilantes, esperando a través de la larga noche la llegada luminosa de Cristo! ¡Si esto es así, qué pensamientos piadosos y serenos tendremos al entrar en las iglesias! Ciertamente Dios está en todo lugar, y Sus ángeles van de un lado a otro, pero ¿podrían los ángeles estar ocupados más dignamente en su cuidado condescendiente al hombre que cuando duermen los hombres buenos? En la celebración de la eucaristía alabamos a Dios junto con los ángeles y arcángeles y toda la compañía del cielo. Seguramente hay más significado en esto que el que conocemos. ¡Qué lugar “temible” parecería si nuestros ojos se abrieran como los del siervo de Eliseo! “Esta no es sino la casa de Dios y la puerta del cielo”.

Por otro lado, si los cuerpos muertos de los cristianos son honorables, sin duda lo son los de los vivos. *Porque* han recibido su bendición cuando vivían, *luego* la reciben en su sueño. Aquel que no honra su propio cuerpo como algo santo para el Señor, puede ciertamente respetar a los muertos, pero es mera superstición, no un acto de piedad. Reverenciar los lugares santos, lo cual es correcto, no aprovechará a un hombre a menos que se respete *a sí mismo*. Considerad qué es participar del Cuerpo y de la Sangre de Cristo. Nosotros oramos con el lenguaje de la Iglesia diciendo que “nuestros cuerpos pecadores queden limpios por Su cuerpo”, y en la Escritura se nos promete que serán *templos del Espíritu Santo*. ¡Cuánto debemos, pues, buscar limpiarlos de todo pecado, para que puedan ser verdaderos miembros de Cristo! Se nos enseña que la enfermedad y la muerte acompañan al que participa indignamente de la Cena del Señor. ¿Es esto asombroso si se considera el extraño pecado de recibirlo en un cuerpo deshonrado por la desobediencia voluntaria? Se debe dejar todo lo que corrompe, la intemperancia o cualquier otro vicio, todo lo que es indigno, todo lo que es irrespetuoso para con Aquel que ha comprado nuestros cuerpos con un precio (1 Cor 6,20). Escuchad las palabras de San Pablo: “Cristo una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más...Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado...No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpos, de modo que obedezcáis a sus apetencias” (Rom 6,9-11). “Si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos también dará la vida a vuestros cuerpos mortales por Su Espíritu que habita en vosotros. Si con el Espíritu mortificáis las obras del cuerpo, viviréis” (Rom 8,11-13).

Por lo tanto, hermanos míos, trabajad junto con Dios en la obra de vuestra redención. Mientras El os alimenta, preparaos para el banquete celestial. “Discernid el cuerpo del Señor” cuando esté delante vuestro y atesoradlo después apropiadamente. Depositad año tras año esta semilla de vida dentro vuestro, creyendo que un día dará fruto. “Creed que lo habéis recibido y lo obtendréis” (Mc 11,24). La primavera de la resurrección será gloriosa, cuando todo lo que parece seco y marchito brote y florezca. Le será dada la gloria del Líbano, la excelencia del Carmelo y del Saarón; el abeto para la espina, el arrayán para el escaramujo, y las montañas y las colinas se alzarán cantando ante nosotros. ¿Quién se perdería de estar en esta compañía? Desdichados hombres aquellos que ahora disfrutan los deleites del pecado por un tiempo. Desdichados los que siguen su propia voluntad egoísta en vez de caminar en la fe, lo que ahora son perezosos en vez de servir a Dios, los que van tras las vanidades del mundo, o los que se mofan de la religión, o los que se permiten conocer el pecado, los que viven en la ira, la malicia, el orgullo, o la codicia, los que no hacen nada por ser mejores o más santos, los que temen confesarse cristianos, tomar su cruz y seguir a Cristo. ¡Que el Señor bueno nos

haga a todos ser deseosos de seguirle! ¡Que despierte a los adormecidos y los eleve a una vida nueva aquí, de modo que puedan heredar Su reino eterno después!

* Nota de Newman: “En la Cena del Señor no hay ninguna ceremonia vana, ningún signo vacío, ninguna figura no verdadera de una cosa ausente, sino como dice la Escritura...la comunión del Cuerpo y la Sangre del Señor, en una incorporación maravillosa, que por la acción del Espíritu Santo...es introducida en las almas de los fieles por la fe, de modo que no sólo sus almas viven para la vida eterna, sino que confían ciertamente *ganar la resurrección de sus cuerpos* para la inmortalidad”. *Homily on the Sacrament, Part I.* (Homilía sobre el Sacramento, tomada del Prayer Book, compendio litúrgico-teológico del anglicanismo, compuesto después de la separación de Roma, y que junto con los 39 Artículos conforma el credo anglicano)